

MI GUERRA DEL '36 O LAS PERPLEJIDADES DE UN INGENUO SIN CURA  
por "AQUEL"

Cada vez que voy a mi librería habitual, encuentro más libros sobre nuestra guerra. Se documenta al fin, con pelos y señales, el asesinato de García Lorca; se revelan hechos celosamente ocultos; los dirigentes republicanos se identifican por lo que realmente fueron, a la luz y la sombra de sus errores y cualidades -resultando que, contra lo que Pérez Madrigal pretendía hace años en sus emisiones de Radio Nacional, ni mugían ni balaban-; se estudia objetivamente el papel de los Comisarios Políticos y las Brigadas Internacionales; se relata toda la verdad sobre esta o aquella batalla; y, en fin, bajo el renovado oxígeno de la apertura, nuestra historia queda imparcialmente definida. Me parece muy bien. Ya era hora. Sin embargo, como pertenezco a una generación que en 1936 contaba diez años de edad sobre poco más o menos, no me enfácil, de un lado, recordar los reflejos que sin duda tengo condicionados y, de otro, soleararme a la irritación que me produce haber vivido tres décadas de ignoradas verdades esotéricas. Considero política y particularmente saludable no tener que desplazarme a Biarritz para comprar las Obras Completas de Azaña, puesto que puedo adquirirlas en cualquier establecimiento libre-ro. Pero no puedo evitar, cuando me las encuentro, un cierto sobresalto. Me parece digno de aplauso quien pondera públicamente la firma de Madariaga, pero, en el mismo momento, salta en mi mente como un resorte un título lejano: General, márchese usted, y pienso inevitablemente que ni el General se fue ni la ponderable pluma dejó de invitarse a la casa de quien hubiera podido devolverle la descortesía. Por supuesto que soy sensible a las leyes del cambio, pero me reconozco con disgusto un tanto susceptible. Como soy liberal, creo que la evolución no debe ser sacrificada a la coherencia; pero, como soy coherente, una sonrisa más fuerte que yo aflora a mis labios cuando veo cómo las ratas abandonan la nave. Acaso sea el idealismo la raíz de mis perplejidades -y recuerdo, en efecto, que Arthur Koestler en su Autobiografía cuenta haber aprendido la importante lección de que, en un tiempo de fuerzas polarizadas, es posible ser neutral en teoría, pero no en la práctica- puesto que me busco en el fiel de la balanza y ni siquiera de niño me gustó jugar al columpio. Al niño que fui me remito. Porque, a fin de cuentas, mis perplejidades vienen desde entonces. Y porque, al contarlas, habré aportado un grano de arena a nuestra infrahistoria.

Así fue mi guerra del '36. Su único interés acaso se derive de que ocurrió en Melilla, cuna, como se sabe, del Alsamiento. Hasta entonces, había sido aquella una ciudad apacible con sus ritos particulares. Semanalmente, las

prostitutas moras pasaban, en taxi y con alegre bullicio, para su obligatoria revisión en lo que ostentosamente se autotitulaba Sifilicomio. El día de la revisión -quizá aprendí entonces esta palabra-, más de un caballero honorable se hurtaba a un posible encuentro, no fuera a ser reconocido y afectuosamente saludado. Una vez al año, por las fiestas patronales, el programa de festejos municipal incluía entre sus actos unas supuestas excavaciones arqueológicas en el Cerro de San Lorenzo a cargo del vecindario, para las cuales suministraba a quienes se pres-tasen azadones y palas. El alevín de arqueólogo excavaba durante una hora, generalmente destripaba terrones y, en alguna ocasión, daba con una orza que el Cronista de la Villa expertizaba inmediatamente como ánfora fenicia o romana, que era guardada en los bajos del quiosco de la música y cuyo descubrimiento era para el afortunado Schliemann honra y prez de toda una vida. En comercios, barrios y escuelas, convivíamos sin discriminación cristianos, moros y judíos. Y, para jalear una manifestación proletaria que se organizó sin más consecuencias, una vecina salió al balcón de su casa vestida con sólo enaguas rojas, lo que escandalizó a la calle entera no sé si por el color de las enaguas o por lo íntimo de la prenda. Como enclave histórico, según se dice ahora, creo que basta.

Jugaba yo a diez metros de la Comandancia Militar sobre un montón de tierra, cuando mi criada mora vino y, urgentemente, tiró de mí hacia casa. Minutos más tarde, la Legión se apoderaba de la Comandancia. Había empezado mi guerra. Cuando, en un par de días, hubo cesado el escaso tiroteo y el calor, venciendo precauciones, abrió persianas y azoteas, se produjo mi primera perplejidad. Algunas casas no se abrieron; justamente, para mi sorpresa, las que pertenecían a judíos. ¿Qué habían hecho de malo los judíos? Que yo supiera, no eran rojos. El vecino del 8, en su aparición triunfal con botas de montar y camisa azul, se encargó de especificarlo: Esoos ateos... No entendí por qué los judíos se habían vuelto repentinamente ateos y por qué aquella armoniosa sociedad se había amputado, sin causa aparente, un brazo. Pero lo cierto es que el amor de mi infancia, una niña judía con ojos color violeta -por lo menos en mi memoria-, dejó de lucir su larga trenza. La sorprendí una noche en que, furtiva, entraba en su portal. No quiso hablarme. Llevaba un pañuelo en la cabeza. Nunca volví a encontrarla, pero me enteré de que la habían polado al rape. Muchos hebreos -nosotros decíamos hebreos y no judíos- habían corrido la misma suerte. Frente a la peluquería, me entraron ganas de vomitar ante el estupor del pobre y honrado barbero. Y mi madre, creyéndome sucio el estómago, mandó a la farmacia por aceite de ricino. No había. Pero mi contento se esfumó cuando supe que todas las existencias del tal aceite habían sido

consumidas para hacérselas ingerir, a la fuerza, a los hebreos del barrio. ¿Por qué? ¿Tenían sucio el estómago?

Supongo que la actitud de mi padre acerca de su camisa azul tuvo alguna relación con estos acontecimientos. Lo explicaré. Mi padre pertenecía a esa especie hoy rara que a cualquier otro título antepone el de hombre honrado; monárquico de tradición, su credo político era el orden, un orden cuyos desequilibrios republicanos no le gustaban. Quizá fue esta razón de que se afiliara, años antes de la guerra, a la Falange, no como miembro activo de la misma sino, más bien, como un simpatizante que sin demora pagaba el exiguo recibo mensual. Estos recibos y la camisa azul con el yugo y las flechas bordados en rojo, que un día descubrí, bien oculta, planchada y doblada, en la cómoda familiar, son los únicos recuerdos documentales que poseo de lo que estoy contando. Más este otro. Cuando ya los hebreos habían sido despojados de su pelo y de la sujeción de sus estómagos; cuando se hubo enterrado al comunista que se desangró metido en el depósito del agua del número 14, dejando que su sangre corriera aguada por las tuberías para horror de cuantos abrieron un grifo con intención de beber; después de transcurrida una semana desde aquel 17 -y no 18- de julio, un conocido nos visitó. Vestía el uniforme falangista con varios yugos de jerarca. Su entrevista con mi padre fue breve. Antonio -dijo-, ya puedes ponerte la camisa azul. Y mi padre contestó: - Me la pondré cuando vosotros recobréis la vergüenza.

Pasa a los años transcurridos y a las vacilaciones de mi memoria, no me cabe duda alguna de que aquella fue una breve entrevista. Mi perplejidad, entre tanto, iba en aumento. Ante la Peña -un café en forma de pérgola cerrada donde, antes del 17 de julio, tenían su tertulia las izquierdas de la ciudad y que, por lo mismo, se convirtió después de aquella fecha en un lugar maléfico que fue demolido hasta los cimientos dejando sitio a la todavía existente Cruz de los Caídos-, había oído el bando del Alzamiento. Merendaba yo junto a mi padre en el café de enfrente mi café de maquinilla con media tostada, cuando llegaron los soldados y un coronel -¿o no era coronel?- leyó el bando escrito en un pergamino -¿o era sólo un papel?- que desplegó como lo hacían los heraldos de mis cuentos infantiles. Para escribir esto, podría documentarme ganando en rigor histórico, pero prefiero atenerme incluso a la inexactitud de mis recuerdos. En mi memoria, aquel coronel pervive ecuestre. Y, a caballo, terminó su proclama gritando algo de lo que sí estoy seguro: ¡Viva la República! Es comprensible que me quedara perplejo.

A otra media tostada se liga otro recuerdo que no me infundió perple-

jidad sino congoja. El padre...-¿cómo se llamaba?, digamos Jalón- había sido fusilado. Colgó los hábitos, decían, para erigirse en líder comunista. Lo pasó mal, huído en los inclementes cortados de la costa, donde anuvo escondido hasta que lo cogieron. Y, aquella tarde, el pelotón que acababa de cercenarle la vida, desfilaba por la Calle Mayor. Los cafés estaban atestados. Todo el mundo se puso en pie. Y las señoritas de la mejor sociedad melillense perdieron de repente el pudor, se isaron sobre mesas y sillas, prorrumpieron en chillidos histéricos y tiraron sus claveles a la gallarda tropa. La tropa era, en efecto, gallarda; los tambores y trompetas, capaces de enardecer a cualquiera; los énfimos estaban inflamados y cuantos afirmaban que el padre digamos Jalón era oveja negra merecedora de su suerte, parecían dignos de todo crédito. Pero mi padre permaneció serio como una estatua, un hombre acababa de morir, yo imaginaba el sonido de la descarga y, nuevamente sin saber por qué, el entusiasta paroxismo de aquellas señoritas estalló a mis ojos como un frenesí obsceno.

Algunas otras cosas me dolieron -por ejemplo, que los legionarios acampados en el Parque Hernández se comieran la hermosa gacela del modesto zoológico-, pero el pan seguía siendo blanco, sobraba la comida y, cuando se estableció el día del plate único, todo el mundo se limitó a pegar el importe de un sello y siguió comiendo lo mismo. A no ser porque el acorazado Jaine I nos escogió una vez como blanco para demostrar su mala puntería y porque un par de desventajados aviones bombardearon el Cargadero de Mineral no acertando sino en los pobres peces, Melilla casi no hubiera vivido la guerra. No faltaron, sin embargo, demostraciones marciales y patrióticas. Yo, que anda perplejo, se hice halilla, nombre que al poco tiempo me cambiaron por el de flecha. Posteriormente y acaso porque el uniforme me gustaba más, me afilié a los pelayos, trocando el gorro por la boina roja. Hasta que un requeté grave y solemne nos ordenó formar y, con cara de circunstancias -¿de qué circunstancias?, se preguntaba yo-, nos dijo que debíamos obedecer al decreto de la Unificación. Esta obediencia, para mí, consistió en vestirme nuevamente de flecha aunque conservando, eso sí, la boina roja.

Después murió mi padre de muerte natural y aquella sombra borró mis perplejidades, que no se despertaron ni cuando me incitaban -no recuerdo quiénes- a repartir propaganda nazista bellamente impresa -que durante mucho tiempo guardé en un baúl como un tesoro- o a apedrear el Consulado Británico. Tendrían que pasar años para que aquello se convirtiera en otro estímulo de perplejidad y eso que, ya en aquel entonces, no entendí por qué en el colegio no existían profesores de francés y de inglés cuando, según la ley, podíamos optar entre estos idiomas y

el alemán y el italiano.

Ya en Madrid y en trance de escritor, descubrí que Hadesa no podía parir sino dar a luz y algunos otros eufemismos. Porque, al final de los 40, publiqué una obra perdida de Lorea y un estudio sobre el poeta, cobré fama de rojo. Jorge Vigón me dijo claramente en los periódicos que escribir un libro sobre Miguel Hernández era tanto como quitar obstáculos en el avance de los tanques rusos, provocando la indignación polémica de Aldrocejo y originando un debate que llegó muy alto en la escala del Gobierno. Tras cinco años de agonía, en el 55, mi libro vio la luz con Dios y ayuda. Era el primero que se compuso sobre el poeta oriolano, pero esto no fue óbice para que algún que otro argentino -¿quién había dado a la Pampa vela en tal entierro? me tachara de fascista. Si retoñaban mis perplejidades, no era por culpa mía.

Muchos hemos pagado las necesidades de la historia al precio -terrible en un niño- de nuestras perplejidades y aún hoy nos es difícil incondicionar reflejos y naturalizar sobresaltos. De mí al menos sé decir que tengo la piel demasiado en carne viva como para soportar nuevos fanatismos, vengan de donde vengan, o nuevas incoherencias, sea cual sea el color con que se vistan. Me desazonan por igual al terrorista a ciegas y el que, desde el poder y por así acaso, comienza a usar canicas reversibles. Sólo una frágil frontera separa estas actitudes de aquellas que purgaron a los hebreos o quemaron las iglesias. La caridad ha de ser de todos. Como la claridad. Como la libertad. Y el respeto. Me educué en las Escuelas Cristianas de San Juan Bautista de ~~ESQUEL~~ La Salle. Cuando llegaba la hora del rosario, los alumnos moros y hebreos eran invitados cortésmente a pasar al patio de recreo por respeto a sus creencias. Nadie intentaba convertirlos; ni ellos a nosotros. Terminado el reso, volvían a clase. Coexistíamos. Éramos amigos. Podíamos convivir. Esta fue mi más viva certidumbre y la que me creo en el derecho de exigir a la España de ahora. Este es el precio que muchos exigimos como pago por nuestras muchas incertidumbres.